




---

## Primer Premio • Categoría D

---

### *El misterio de Dabén*



H a b í a una vez un pequeño y tranquilo poblado de indios al sur de las islas malandrinas llamado “Amemba”. Se escondía tras una enredada selva en la que cada cierto tiempo desaparecía alguno de sus habitantes sin dejar ni rastro. La vida diaria de Amemba era tranquila, los más adultos enseñaban a los más pequeños a leer, a

escribir, a dibujar, a cantar, a compartir... incluso desde pequeños aprendían a secar las hojas de tabaco, ya que era la principal fuente de ingresos de todas las familias.

Entre todos los muchachos de aquel poblado había uno que destacaba por su belleza y especialmente por su ingenio. Tenía los ojos grandes y verdes como las hojas de los sauces que daban sombra a la iglesia del pueblo. Su piel era suave y oscura y su pelo... su pelo parecía estar siempre enredado, tenía unos rizos largos y ásperos, le llegaban hasta la

cintura. Las mujeres de Amemba le llamaban Dabén. Siempre estaba enredando a los demás muchachos en sus historias fantásticas. Unas historias que había escuchado a los más ancianos del poblado y luego él aumentaba y exageraba, añadiéndoles su propia fantasía.

Cada tarde después de ayudar en casa a estirar las hojas de tabaco y ponerlas a secar, los chicos se reunían tras la iglesia del poblado para oír las historias de Dabén. Los más pequeños escuchaban a Dabén boquiabiertos, con los ojos como platos, asombrados con cada una de sus historias.

Un día Dabén escuchó a Encambo, el más longevo de Amemba, ha-

blar con los demás ancianos sobre una luz que cruzaba el poblado cada 24 de diciembre. Decían que era una luz cegadora, deslumbrante y que hechizaba a todo aquel que la mirase, dejándolo mudo para el resto de sus días. Dabén recordó entonces, que el año anterior todo el poblado hablaba por aquellas fechas de la misteriosa desaparición de un anciano del que nunca jamás se supo nada.

Aquella historia fascino a Dabén y fue corriendo a contarla a todos los muchachos del poblado. Cuando les contó la historia, exagerada como siempre, algunos se asustaron y otros creyeron que les estaban tomando el pelo. Ninguno recordaba lo que había pasado el año anterior porque

# XI Concurso de Cuentos «Mari Luz Puche»

eran muy pequeños y sobre todo porque estaban entretenidos con todos los regalos que les había dejado Papa Noel, que por aquellos entonces ya visitaba todas las casa de los niños que habían sido buenos durante el año. Dabén insistía en su versión y en que la desaparición de un anciano y aquella intensa y misteriosa luz tenían que estar relacionadas.

Dabén vio que muchos de sus amigos no le creyeron y algunos hasta se rieron de él. Por eso, enfadado se levantó y les dijo:

- Ahora no me crean que ya verán como este año, cuando llegue el 24 de diciembre yo les traeré las pruebas necesarias para que me crean y me respeten para siempre. Iré hasta la selva de noche y permaneceré despierto mirando el cielo hasta que alguien en el poblado grite la desaparición de algún anciano. Entonces y sólo entonces me creerán, les demostraré que no miento y que no les estoy engañando.

Algunos muchachos sintieron miedo por su actitud y le hicieron ver que le creían con el fin de que no se arriesgase a ir esa noche a la selva, pero Dabén insistía en su futura aventura.

Quedaban sólo 45 días para el 24 de diciembre. Durante esos días Dabén fue haciendo sus preparativos para la famosa noche. Preparó sus ropas y sacó del armario el abrigo de piel de oso de su abuelo. Lo limpió y lo escondió en el pequeño armario de su cuarto.

Mientras pasaban los días y para no despertar sospechas entre su familia, Dabén seguía colaborando en casa y reuniéndose por las tardes con los demás muchachos para contarles nuevas historias y cómo iban los preparativos de su escapada nocturna para la que cada vez faltaba menos.

Llegó el esperado día 24 y un frío poco habitual envolvió el poblado de Amemba. Todas las familias se encerraron en casa antes de lo normal porque el frío les impedía seguir trabajando con sus manos las hojas de tabaco.

Era costumbre aquella noche acostarse pronto para que amaneciese antes y así poder ver los regalos que ese año les había traído Papa Noel.

Dabén hizo lo de cada año, colocó sus alpargatas junto a la puerta de su habitación, puso encima de un taburete un vaso con leche de burra y un trozo de pan del que hacía cada día su querida abuela Canda. Dijo a sus padres que se iba a la cama y tras el consentimiento de su familia se marchó a su cuarto. Una vez dentro

de él, deshizo su cama y metió dentro un espantapájaros que había fabricado él mismo durante el tiempo de espera. Se puso unas botas de piel altas hasta las rodillas, se vistió y finalmente se puso el abrigo de piel de oso. Saltó por la ventana llevando consigo una mochila de esparto donde llevaba una manta que le serviría para tumbarse. Llegó a la selva y se adentró en ella hasta sentirse desorientado. Encontró un pequeño claro donde extendió la manta y se tumbó. Nunca jamás había oído sonidos tan misteriosos como los de aquella noche. El miedo le hizo cerrar los ojos. Primero escuchó un silbido, después unas campanillas, algo suave acarició sus mejillas...

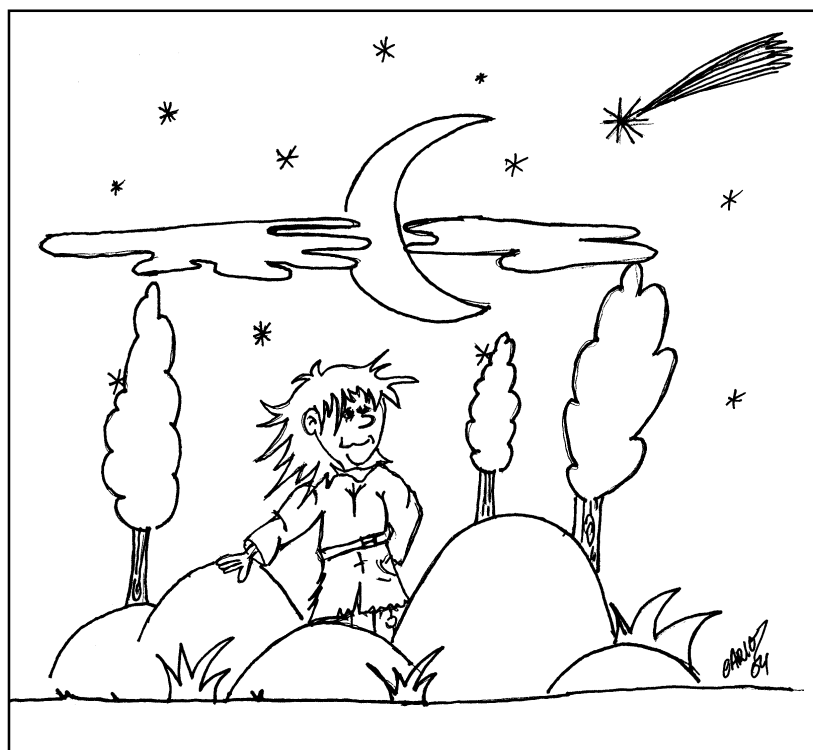
Dabén, asustado por el roce de algo que no conocía, se incorporó de su manta sin dejar de mirar al cielo. Comprobó entonces que aquello que le había rozado la cara era como una pelusa blanca y fría. Era algo que había oído de los ancianos, algo que llovió e inundó el poblado hace 80 años... ¡era nieve! Dabén no podía creerlo.

Comenzó a ver una luz en el horizonte, intensa, ardiente, blanca... ¡era la luz de la que los ancianos hablaban! No dejó de mirarla ni un segundo hasta que casi quedó cegado por tanta intensidad. Detrás de aquella increíble luz apareció algo que Dabén no conseguía ver con claridad. Se fue acercando y acercando, y de repente vio volando unos animales que tiraban de un lujoso carro cargado de grandes sacos. Sobre el carro y guiando a los animales, Dabén observó que había alguien más, un hombre canoso, anciano, con una luenga barba tan rizada como su cabello, gordo y con un traje demasiado llamativo, era rojo y dorado... deslumbrante.

Entonces escuchó que aquel anciano gritaba con una voz lenta, suave y ronca a la vez, el nombre de Encambo, el habitante más viejo de Amemba y al que en los últimos días no se le veía con los demás ancianos del poblado porque estaba enfermo. Dabén tuvo miedo, empezó a temblar. Aún así, se escondió entre la maleza para estar a salvo y no perderse un detalle de lo que allí estaba sucediendo.

De repente una mano fría le tocó el hombro, Dabén se giró encogido y asustado, y vio que era Encambo.

- Te preguntarás quién es aquel señor de barba blanca y por qué me llamó ¿verdad? Querido Dabén... aquel es Papa Noel, el que cada año te trae lindos regalos... y me llama porque ya soy muy viejo y aquí en



Amemba no sirvo para nada.

- Pero... -replicó Dabén.

- No sufras por mí, Dabén. Me marché para siempre. Me voy con él, con Papa Noel. A mí y a muchos como yo, esta noche nos recogerá para que le ayudemos a repartir todos los juguetes por todas las casas del mundo. Para que ningún niño se quede sin su regalo. Comprende que son muchos niños y un solo Papa Noel... él nos necesita.

- Entonces... ¿es cierto? -Contestó Dabén.

- Sí, claro que lo es. Has descubierto el misterio, ahora debes marcharte a casa antes de que amanezca.

- Está bien, lo haré.

Dabén abrazó fuertemente a Encambo, cogió su manta, la enrolló y la metió en la mochila de esparto. Se dirigió al poblado por un sendero que Encambo había dejado iluminado a su paso. Mientras caminaba, observaba como el anciano subía en aquel lujoso carro tirado por cuatro animales, desapareciendo en el firmamento.

Llegó a casa y cuando se estaba metiendo por la ventana de su cuarto empezó a oír a algunos mayores que recorrían las calles del poblado con antorchas encendidas en sus manos gritando el nombre de Encambo. Había desaparecido.

Dabén comprendió entonces todo el misterio que había estado tanto tiempo en silencio. Se tumbó en la cama y esperó despierto a que amaneciese para correr a contar el misterio de la luz a todos los muchachos de Amemba.

Llegó la mañana del día 25 de

diciembre y tras recoger los juguetes que le había dejado Papa Noel junto a sus zapatos, corrió hasta el habitual rincón de reuniones.

Tras reunir a todos los muchachos, Dabén que tenía los ojos más verdes y desencajados que nunca por la emoción de contar el resultado de su aventura... abrió la boca una, dos, tres... y hasta diez veces intentando articular palabra. Fue entonces cuando Dabén descubrió por completo el verdadero misterio de aquella noche, de aquella intensa luz y de la desaparición de uno de los ancianos del poblado. Había perdido la voz. Se había quedado mudo para el resto de su vida por el hechizo de la luz blanca como contaban los ancianos.

Los demás muchachos al principio, creyeron que estaba bromeando, pero pasado un tiempo comprobaron que era cierto lo que a Dabén le sucedía. Asustados, todos corrieron a sus casas, jurando no estar despiertos mirando el cielo ningún 24 de diciembre pasadas las 12 de la media noche, ni adentrarse en la selva.

Dabén regresó a casa y se encerró en su habitación. Se acercó hasta donde había dejado sus alpargatas y comprobó que Papa Noel se había bebido la leche de burra, se había comido el pan de la abuela Canda, pero... eso no era todo, junto al vaso había una nota escrita con letras de plata que decía así:

- Querido Dabén:

“La noche del 24 de diciembre todos los niños duermen”.

**Gema Jiménez García**

ESPA IV